



## Homilía en el domingo de la Ascensión ¿Jesús se va al cielo para que el mundo marche por donde quiera?

«Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?» (Hch 1, 7).

**La Ascensión.** Hace cuarenta días celebrábamos la fiesta de la Pascua, «el día santo en que Nuestro Señor pasó de la muerte a la vida». Este tiempo pascual se prolonga y nos lleva a la celebración del misterio de la Ascensión, en el cual Jesucristo, victorioso sobre el pecado y la muerte, sube al Padre, en el cielo. «Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre» (Jn 16, 28).

**Cristo nos abre las puertas del cielo.** Dejada a sus fuerzas naturales, la humanidad no tiene acceso a la «Casa del Padre» (Jn 14.2), a la vida y a la felicidad de Dios. Sólo Cristo ha podido abrir este acceso al hombre. Él nos ha precedido como Cabeza nuestra, para que nosotros, miembros de su Cuerpo que es la Iglesia, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo desde ahora a su Reino. Corroborando nuestra orientación hacia lo eterno, el gran Papa San León Magno dijo: «Todo cristiano tiene vocación de excelsitud» (Oficio monástico de Vigilias, sábado VI de Pascua). Al llegar Cristo al cielo sella definitivamente la redención del género humano. Porque con su ascensión, nuestra naturaleza humana está a la derecha del Padre. Hombre verdadero según la carne, es primicia de nuestra resurrección y es signo visible y claro de lo que un día nosotros también llegaremos a ser.

**Autonomía de lo temporal, pero dependencia de Dios.** El hecho histórico que Cristo haya subido al Padre no se reduce solamente a una celebración litúrgica. No se trata de un misterio hermoso que no tenga nada que ver con la vida diaria, con nuestro trabajo, con la vida de nuestro país, con la vida del mundo y de la historia universal. También la sociedad y el mundo entero están llamados a tan grande y alta meta. Por el contrario, es muy grave y de hondas consecuencias la separación entre la fe y la vida social y pública. Como consecuencia de la ideología liberal, ha llegado a convertirse en una especie de dogma, comúnmente aceptado en la sociedad pluralista y democrática, la reducción del ejercicio de la religión a un asunto privado, sin influencia en la vida de la sociedad. De este modo se produce un rechazo a toda supuesta «injerencia» de la Iglesia —y por tanto de

la fe y la moral cristiana— en la vida del Estado, en la elaboración de las leyes y en la administración pública. No pocos cristianos influenciados por estas ideas, proceden en su actividad pública «como si Dios no existiera», es decir renunciando a sus principios religiosos y morales. Se lee tergiversadamente el Concilio Vaticano II cuando en nombre de la legítima autonomía se quiere decir que el orden natural sea independiente del sobrenatural (cf. GS 36). Esta corriente de pensamiento no encuentra fundamento alguno ni en la Sagrada Escritura, ni en la Sagrada Tradición ni en el Magisterio de la Iglesia, ni tampoco es conforme a la razón.

**Ordenación de todo al fin sobrenatural.** Santo Tomás de Aquino dice una frase muy sencilla propia de una inteligencia eminentemente superior como la suya. Dice que el hombre sabio es aquel que conoce el fin y ordena los medios para alcanzar ese fin. Precisamente los hombres sabios, los hombres que saben mirar el futuro, son los que hacen historia. Pero también el orden terreno, si quiere ser sabio debe ordenarse y subordinarse al orden celestial o sobrenatural, debe abrir enteramente las puertas a Cristo y aceptar su señorío. Afirmar lo contrario es negar implícitamente la divinidad y la realeza de Cristo. Más aun, que el orden social, político, cultural se ordene al que está sentado a la derecha del Padre, es aquello que hace posible que el mundo encuentre su propia plenitud. Por eso, los ateos, agnósticos o escépticos, o los mismos católicos liberales que piensan que hay que relegar la fe a la sacristía, mientras se debe necesariamente ordenar el mundo según los principios ideológicos anti-cristianos, son arrastrados por la historia. Estos terminan, a pesar de sus buenos deseos, en contra de Dios, de Cristo y de su Esposa la Iglesia. Y lo que es su consecuencia: en contra del hombre. Por ejemplo Hitler, los centenares de millones de muertos por el comunismo y los millones de niños que mueren por el aborto cada año. Sin el apoyo explícito o implícito de algunos católicos en la elaboración de las leyes, en la educación y en la administración pública, nunca se habría aprobado ni el divorcio ni el aborto y de eso tendrán que dar cuenta en su día ante el Hijo del Hombre.

**Cristo, Cabeza de todo.** Este es el plan de Dios: «Que todo tenga a Cristo por cabeza» (Ef 1,10), que todas las cosas —privadas y públicas— le estén sometidas (cfr. 1 Cor 15, 28), que todo sea recapitulado en Él (cfr. Ef. 1, 10). Los apóstoles sabían esto perfectamente cuando le preguntaron al Señor: ¿Es ahora que vas a establecer el Reino de Israel? Nosotros ahora, sin caer en la interpretación liberal de que «no entendían lo que decían», estamos capacitados de adherir a la respuesta que les da Nuestro Señor: «A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que el Padre ha fijado con su autoridad». Reanudemos entonces la marcha por los caminos del mundo, llenos de alegría, sostenidos por la fidelidad de Dios, que no dejará de cumplir sus promesas en el tiempo oportuno, «en el tiempo que el Padre ha fijado con su autoridad».

María, Reina y soberana del mundo, asunta al cielo, envíanos el Espíritu Santo, para que renueve la faz de la tierra. Que tu Corazón Inmaculado, junto al Corazón de tu amado Hijo Jesucristo, Reine en España, en Chile y en el mundo entero. Amén.